

pantoso; y clavando sus ojos arrasados en lágrimas en el cielo, exclamó con el acento de la desesperación.

—¡He matado á mi hermana!....

Y cayó sin sentido sobre el cuerpo yerto de la desgraciada María.

Al grito dado por Matilde, acudió Miguel que entraba en aquel momento á su casa, y se sorprendió con la vista de aquellos dos cuerpos que yacían el uno sobre el otro... Retrocedió espantado algunos pasos hácia la puerta, y llamó á Pablo diciéndole que llevara una luz.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPITULO IV.

Una historia.

Las diez del siguiente día sonaban en el reloj del convento del Cármén, cuando un hombre de arrogante presencia y finos modales, atravesaba la solitaria plazuela de San Sebastian.

De pronto se detuvo enfrente á una casucha de pobre aspecto, miró la letra que en sus frontis ostentaba, y seguro de que habia dado con lo que buscaba, penetró sin subir escalon ninguno, por una frágil puerta, á la húmeda habitación á que conducía, y que estaba al nivel del suelo de la plazuela.

—¡Don Enrique!

2845

Exclamó corriendo á su encuentro, una jóven que habia estado cosiendo en un rincón del cuarto.

—¿No me esperaba vd. todavía, no es cierto, hermosa Pilar?

—¡Ah!... sí, el corazón me decia que iba á tener el gusto de verle á vd. muy pronto.

—Y hubiera venido antes, á no haberme lo impedido el temor de llegar á una hora tal vez inoportuna.

—A todas puede vd. venir con toda confianza á esta humilde choza que está á su disposición.

—Mil gracias.

—Pero tenga vd. la bondad de sentarse.

Y Pilar le presentó una silla, á la vez que entornaba un poco una hoja de la puerta, con objeto de que los que pasaban por la calle, no se enterasen de lo que dentro hablaban.

Enrique examinó de una ojeada, cuanto habia en aquel cuarto, única pieza que tenia la habitacion, y no pudo menos de sorprenderse del aseo que en él reinaba, y del gusto de los sencillos muebles que veia.

Era precisamente el cuarto que podia servir de modelo para dar á conocer con toda exactitud, la manera con que están adornados todos los de la clase pobre de México.

Arrimada á la pared, y en uno de los ángulos de la accesoria, estaba el banco de cama de Pilar, de tres cuartas de alto, pintado de verde, sobre el cual descansaba un delgado colchon con limpias sábanas, y una colcha de indiana con grandes flores, encima de la cual se veia un vistoso petate de Xochimilco, bastante fino, puesto con objeto de resguardar el lecho del polvo que con frecuencia entraba de la calle: á los piés de esta modesta cama, se extendia otro petate, algo mas ordinario, que servia de tapete. En el ángulo que estaba á un lado de la puerta, se descubria una curiosa hornilla, con una ollita en que se cocia el puchero, junto al cual se veian unas tenazas para arreglar la lumbre y un aventador para avivarla. A un lado de esta hornilla, y colocado con primorosa simetría, se encontraba colgado en la pared, lo que en Mexi-

co llaman el *tinajero*, adorno que no falta en ninguna vivienda de la clase pobre y artesana de aquel país, ni en muchas de las cocinas de las casas principales, donde la cocinera es curiosa y de gusto. En este *tinajero* se veían mil figuras curiosas, hechas de aromático barro de Puebla y de Guadalupe, pequeños jarritos de diversos tamaños, pintados de varios colores, figurando perros, gallos, elefantes, monos y pavos: anchas tazas coloradas, matizadas de amarillo, llamadas *jícaras*, hechas de la corteza de una calabaza particular que se conoce con el nombre de *guaje*; un número considerable de éstos, pero pequeñitos y enteros, matizados de verde y oro, atados por un extremo con una cinta azul de la que estaban colgados; diversidad de cazuelitas de todos colores; curiosos jarritos con multitud de graciosas figuras; algunos pequeños ídolos de barro sacados de Santiago Tlalcalco, en que enterraron sus dioses y penates los antiguos indios, y otra porción de agradables objetos que forman un conjunto risueño y encantador, que no es dable ana-

lizar sin un vivísimo interés. En los ángulos laterales del fondo del cuarto, estaban dos rinconeras de poco precio, pero muy bien barnizadas, sobre una de las cuales descansaba un espejo reclinado hacia la pared, y sobre la otra una macetita de albahaca: en los cuatro lados de las paredes, se veían estampas de la virgen de Guadalupe, de la Soledad, del Carmen, de los Remedios, de la Santísima Trinidad y del Señor de Chalma, pegadas con engrudo por las puntas, pero veneradas por la joven que las había elegido por compañía, como si estuvieran colocadas en los mas lujosos cuadros. El pavimento de aquella reducida vivienda, era de malas vigas mal empalmadas, pero que respiraban limpieza, gracias al trabajo que se tomaba todos los dias Pilar para tenerlas en aquel estado: el resto del adorno que ostentaba la pieza, se reducía á ocho sillas colocadas con simetría en la pared del fondo y las dos laterales, teniendo por tapete un petate estrecho, matizado de encarnado y amarillo.

Pilar advirtió la curiosidad con que Enrique examinaba su estancia, y adivinando lo que en su imaginación pasaba, le dijo:

—Esas sillas, esas rinconeras y algunas otras cosas que vd. advierte aquí, las compré ayer tarde, con parte del dinero que vd. se dignó darme.

—¿Será posible?

—Sí señor, porque lo poco que tenía, lo he ido vendiendo para comer.

—¿Es decir que estaba vd. en la miseria?

—Pero en la miseria más espantosa.

—¿Tan hermosa y tan desgraciada!

—Mi hermosura, si alguna he tenido alguna vez, ha sido el origen de todos mis males.

Y como si aquellas palabras le recordasen algún funesto pasaje de su vida, asomó á sus mejillas la sangre que las nacará por un momento.

Enrique fijó entonces la vista en aquella mujer, cuya dulce voz conmovió su alma generosa, y la encontró más hermosa que nunca.

Parecía que la desgracia había comunica-

do á su dulce fisonomía esas tintas suaves, seductoras y tiernas que acompañan á la melancolía del justo que descansa en su limpia conciencia.

Y efectivamente; Pilar estaba hermosa como una de esas vírgenes de Rafael ó de Murillo, en cuyo rostro se retratan á la vez el dolor del cuerpo y la tranquilidad del alma: mezcla extraña, pero cierta, de la materia y el espíritu, de la amargura y del placer, del sentimiento y la resignación, de la tristeza y del amor; conjunto inexplicable, pero íntimo, que solo es dado trazar á distinguidos génios, y sentir á privilegiadas almas.

Pilar vestía un traje pobre, pero limpio y airoso: un vestido de indiana café, con pintas blancas, envolvía aquel esbelto cuerpo acostumbrado á la fina muselina y rico gró: un pañuelo pequeño de seda, puesto con suma gracia, descansaba sobre sus ebúrneos hombros: un zapato bien hecho de mahon, y una media blanca de algodón, ceñían su pequeño pié que en otro tiempo solo sintió en su delicado cutis la fina y blanca seda;

un rebozo de algodón, matizado de negro y blanco, con que se embozaba, realizaba el bello contorno de su expresiva y blanca faz, y la irresistible mirada de sus expresivos ojos.

—También este traje, añadió Pilar notando que era el objeto de la atención de Enrique, lo desempeñé ayer, para poderme presentar con mas decencia á los ojos del hombre generoso que se interesa por mi suerte.

—No hablemos de mi generosidad, hermosa Pilar: hablemos de vd.; de sus desgracias, de la manera de remediarlas, de lo que ha sufrido vd.

—¡Ah!.... sí; yo tengo necesidad de aparecer desgraciada y no criminal á los ojos de las personas que aun se acuerdan de mí.

—Escucho á vd. con la atención del médico que trata de salvar al paciente.

—Salvarle es ya imposible; pero al menos quépale el inefable consuelo de saber que le compadecen.

—Sean cuales fueren los sucesos que va vd. á relatarme, esté vd. persuadida de que

mi corazón estará dispuesto á hacer por vd. lo que haria por una hermana.

—¡Cuánto tengo que agradecer á vd., D. Enrique! y de ninguna manera podria probarle á vd. la distincion con que le miro, que contándole la historia amarga de mi vida, cuyo recuerdo me ruboriza y me desgarró el corazón. Juzgo á vd. impuesto de los acontecimientos de la noche próxima al dia en que debiamos salir expulsos de México mi padre y yo.

—Sí; estoy informado de ellos, y de cómo le sacaron á vd. de su casa, en tanto que D. Andrés corria á salvar á su hijo Carlos, engañado por un agente de algun malvado, cuyo nombre es lo único que ignoramos.

—Ese malvado se llama Rossi.

—Lo sospechaba.

—Pues bien, en cuanto aquellos hombres me colocaron desmayada en el coche, se dirijieron á un callejon extraviado, y me condujeron á una casa, en la cual me destinaron una pieza donde me encerraron, y donde al abrir los ojos me encontré sola

con mi amargura y con mis temores. No tuve que traer á la memoria lo que me habia pasado, porque en el corazon tenia impreso todo, sin olvidar una sola de las circunstancias que precedieron al desmayo, y por lo mismo, mi primer cuidado fué correr á la puerta para ver si estaba abierta y huirme, pero por mi desdicha, la encontré cerrada, y me senté llena de miedo, rogando á Dios vigilara por mi. A poco sentí correr el pasador de la puerta, dando entrada al autor de todas mis desdichas; al pérfido Rossi. Ninguno le acompañaba: entró solo, y cerró la puerta tras sí.

Yo que otras veces procuraba evitar su presencia porque me horrorizaba, entonces corrí á su encuentro desolada, me arrojé á sus piés, y con las lágrimas en los ojos le pregunté por mi padre.... le supliqué me llevase á su presencia porque mi separacion le costaria la vida.... aquella vida tan llena de amargura en el último tercio de ella, y por la cual hubiera dado la mia.

“Pilar, me dijo Rossi, manifestando compadecerse de mis penas, y levantándose

del suelo: ¿está vd. pronta á hacer un sacrificio por ese anciano cuya tranquilidad le interesa á vd. tanto?”—¡Ah!.... todo, todo.... hable vd.... ¡qué debo hacer? “Venecer la repugnancia contra un hombre cuyos delitos no reconocen otro origen que el amor hácia vd.: ahogar en su corazon el cariño consagrado á un jóven que aborrezco con todas mis potencias, porque me roba la ternura de esa alma celestial que adoro, y unir con lazo eterno vuestra suerte, vuestros intereses y vuestra vida, á la vida, á los intereses y á la suerte del que, en un acceso de zelos y de desesperacion, os ha arrancado del hogar doméstico.”

Yo quedé estática al escuchar aquellas palabras.

El amor de aquel hombre me infundia mas terror que su mismo odio.

Mis miembros se estremecieron con el frio del espanto, y permanecí muda, sin pronunciar una sola palabra.

Rossi atribuyó mi silencio á un motivo menos desfavorable para él: creyó que mis pasiones y mi razon, mantenian una lucha

noble, en la cual triunfarian los sagrados deberes de hija: y juzgando que con sus palabras acabaria de inclinar la balanza hácia éste lado, cogió mi mano, que permanecia helada, diciéndome: "Pilar, una palabra de amor va á devolver la felicidad á vuestro padre, y á mí la ventura de toda la vida: diga vd., pues, que me ama, como yo le amo; que nunca se separará vd. de mi lado.... que jura vd. ser mia para siempre como yo juro por lo mas sagrado de nuestra religion."

Y al terminar estas palabras, llevó á su boca mi mano, que la retiré espantada al sentirla abrasada por el fuego infernal que despedian sus ardientes labios.

"¡Ah!.... ¡imposible!.... ¡imposible....! Exclamé yo retirándome algunos pasos, dominada de un invencible terror á la vista de aquel hombre, en cuyos encendidos ojos veia no sé qué de siniestro y de satánico que me hacia estremecer. Me parecia que la pasion que se retrataba en sus pronunciadas facciones, animadas entonces por la abrasadora llama de su funesto cariño, era

la pasion de los réprobos que ofende á Dios, y que rechaza la naturaleza.

"¿Me desprecia vd?.... gritó exaltado de furia al verme retirar, y acercándose á mí hasta agarrarme del brazo: vd. me ha preguntado por su padre: me ha dicho vd. que estaba pronta á hacer un sacrificio por salvarle, por estar á su lado; y al poner á prueba su amor filial, rechaza vd. la ligera condicion que se le impone para la realizacion de su ventura.... Pues bien, yo no he entrado aquí para recibir condiciones, sino para imponerlas.... vd., está en mi poder, y nadie podrá arrancarla de este sitio: D. Andrés saldrá al amanecer para España, y vd. sola y abandonada, no tendrá mas remedio que doblegarse á la suerte, y ser mia de grado ó por fuerza.

Aquellas últimas palabras me hicieron comprender realmente todo lo crítico de mi situacion.

Estaba bajo el poder de aquel hombre que habia jurado mi desgracia, y de cuyo poder no podia salir ya en mi vida.

¡Ah!.... ¿qué hacer para lograr mi liber-

tad sin ceder á las exigentes pasiones de aquel monstruo, y no exaltar su alma con mi negativa?... Yo queria volver al lado de mi padre.... acompañarle en su destierro.... consolarle en su desgracia....

“Pilar.... continuó Rossi sacudiéndome el brazo, y fijando en mí su mirada amenazadora;—por la última vez le dejo á vd. la libertad de volver al lado de su padre, con la condicion de que antes jure vd. por la salvacion de su alma y en nombre de Dios, ser mia para siempre.

“¡Ah!.... lo que yo juro para dejar satisfecho vuestro amor propio, si me devolveis á mi anciano padre, es no ser jamas del hombre á quien debí unirme hace pocos dias: del hombre que ha despertado vuestros zelos; del hombre que amo, y á quien matará mi negativa.... ¿Estais satisfecho?

Y yo pedí á Dios la gracia de una fortaleza sin límites para llevar á cabo un sacrificio superior á mis fuerzas, pero que era el único que encontraba para volver al lado de mi padre y hacer menos amargo su próximo destierro.

“No, me contestó Rossi; el sacrificio ha de ser completo: romper con mi rival y con traer conmigo los lazos que debieron uniros á él: ¿qué respondeis?—Que sois un monstruo que abusais de vuestra posicion, y del abandono de una débil y desgraciada mujer.—¿Pero accedeis ó no á mi proposicion? respondió; contestó Rossi con la mayor sagrefria.—Haced que vea primero á mi padre, y despues resolveré.—Eso nunca: le vereis despues de haber hecho el juramento solemne de ser mia.—¿Y por qué no antes?... —Porque.... porque así conviene á mi intento.

¡Ah!.... entonces comprendí que su empeño no era otro que arrancarme un juramento para alcanzar sus siniestras miras, sin que abrigase la intencion de restituirme á mi querido padre. Indignada con aquella conviccion, le eché en cara su hipocresía y su maldad, su infame cobardía y el malvado proceder que le convertia en el sér mas odioso á mis ojos.

Entonces se acercó á la puerta para cerciorarse de si estaba cerrada, y satisfecho

de ello, se acercó á mí con el objeto de abusar de mi abandono y de mi debilidad, usando ya de promesas, ya de amenazas que no alcanzaron mas premio que mi desprecio y mi justa indignacion. Yo estaba decidida á perder antes la vida que la honra; y él, conociendo mi firme resolucion, no quiso proseguir molestándome. Toda la noche estuve en continua vigilancia y sin querer tomar alimento alguno. Por la mañana me acosó una sed espantosa, y al entrar un criado á preguntarme si queria desayunarme, le contesté que solo deseaba un vaso de agua. El criado tardó algunos instantes en volver, y despues me presentó el agua apetecida que contenia mi perdicion.

Pilar se estremeció á pesar suyo, y se puso pálida como un moribundo, Enrique participó del horror de que para la jóven entrañaba el significado de la última palabra, y trató de consolarla: Pilar continuó.

“Yo bebí el agua fatal con el ansia de un febricitante, y poco despues fuí sintiendo desfallecer mi cuerpo, que mi lengua se entorpecía, y que no no tenia fuerza para

sostenerme.... Solo mi vista, mi oido y mi imaginacion, estaban expeditas, en ejercicio activo de sus facultades.... Vi salir al criado echándome una mirada de compasion, y poco despues miré entrar al implacable verdugo de mi ventura, con la satisfaccion en los labios, la lujuria en los ojos y con el infierno en el corazon!.... Yo me horroricé al considerar en mi espantosa situacion!... ¡Pedí á Dios con toda verdad que me quitase la vida antes de entregarme al poder de aquel hombre que se dirijia á mí despues de haber cerrado la puerta por dentro!.... ¡mis ruegos no fueron aceptos al Supremo Juez!.... ¡no era sin duda digna de la gracia que le pedia!.... Rossi llegó á mí.... se sentó á mi lado.... sentí sus infernales caricias que me horripilaban.... que me estrechaba en sus brazos.... ¡Ah!.... yo creia morirme.... aquellos brazos y aquellas caricias eran para mí mas terribles que la soga que echan al cuello de un ahorcado!.... quise gritar y no pude.... ¡La materia estaba muerta, exánime, mientras los